EL ABANDONADO

—En verdad, querida amiga, que creo que no estás en tu juicio paseándote por el campo con un tiempo parecido. Desde hace un par de meses, me llevas, quieras que no, á orillas del mar, cosa que no se te había ocurrido en los cuarenta y cinco años que llevamos de matrimonio. Escoges Fecamp, que es una ciudad nada alegre, y á tanto llega tu manía de locomoción, que quieres pasearte por el campo el día más caluroso del año. Dí á d'Apreval que te acompañe, ya que se presta á todos tus caprichos; yo voy á hacer la siesta.

La señora de Cadour se volvió hacia su antiguo amigo:

—¿Viene usted, d'Apreval?

El aludido se inclinó con una galantería de otras épocas y dijo:

—Iré á donde usted vaya.

—A coger una insolación—declaró el señor de Cadour, que se fué al hotel á echarse un par de horas.

En cuanto estuvieron solos la anciana señora y su antiguo compañero, se pusieron en marcha. Ella le dijo en voz baja, estrechándole la mano: «¡Por fin! ¡por fin!»

El murmuró: «Está usted loca. Le aseguro que está usted loca. Piense en lo que puede ocurrir. Si ese hombre...»

La anciana se estremeció.

—¡Oh, Enrique! no diga usted: *ese hombre* hablando de él.

D'Apreval replicó con brusco acento:

—¡Bueno! Si nuestro hijo sospecha algo, adivina algo, nos tiene en su poder. Ha estado usted cuarenta años sin verle. ¿Por qué quererle ver ahora?

Habían seguido la larga calle que va del mar á la ciudad. Tomaron á la derecha para subir la cuesta de Etretat. La blanca carretera parecía calcinada por el sol.

Andaban lentamente, pues el calor era sofocante.

Ella se apoyaba en el brazo de su amigo y miraba fijamente hacia adelante.

Ella preguntó:

—¿De modo que tampoco le ha visto usted jamás?

—¡Nunca!

—¿Es posible?

—Querida amiga, no renovemos una discusión eterna. Yo tengo esposa é hijos; usted tiene marido; ambos tenemos que guardar las apariencias.

No contestó la anciana. Pensaba en su lejana juventud, en los acontecimientos pasados, tan tristes.

La habían casado como se casa á la mayoría de las jóvenes. No conocía á su novio, un diplomático, con quien vivió después como todas las señoras de sociedad.

Pero un joven, el señor d'Apreval, casado como ella, la amó con pasión profunda; y durante una larga ausencia de su marido, que fué á la India, sucumbió.

¿Hubiera podido resistir? ¿No entregarse? ¿Hubiera tenido la fuerza de no ceder, amándole como le amaba? ¡No! ¡No en verdad! ¡Habría padecido demasiado! ¡Cuán insidiosa es la vida! ¿Pueden evitarse ciertos golpes de la suerte; huir de un destino

fatal? ¿Una mujer sola, abandonada, sin ternura, sin hijos, puede siempre huir de una pasión que se apodera del corazón y de la carne? No; como tampoco se huye de la luz del sol para pasar toda la vida en tinieblas.

¡Cómo recordaba ahora todos los detalles, sus besos, sus sonrisas, el momento que se detenía junto á la puerta para ver cómo subía la escalera! ¡Cuán dichosos aquellos breves días, que fueron los solos dichosos de su vida!

Luego advirtió que estaba en cinta. ¡Qué angustias!

¡Oh! Aquel viaje al Mediodía, aquel largo viaje, sus padecimientos, sus terrores, aquella vida oculta en la quinta solitaria, á la orilla del Mediterráneo, en el fondo de un jardín, del cual no se atrevía á salir!

¡Cómo recordaba aquellos largos días que pasaba tendida bajo un naranjo, fijas las miradas en los rojos frutos, redondos, entre el follaje verde! ¡Con qué gusto hubiese salido hasta la orilla del mar, cuyo hálito llegaba hasta ella por sobre de las paredes del jardín, del que oía el romper de las olas, del que soñaba la amplia superficie azul, esplendorosa bajo el sol, surcada por blancas velas y con una montaña en el horizonte! Pero no podía salvar la puerta. ¡Si alguien la hubiese visto deformada de aquel modo, pregonando con su cintura su vergüenza!

¡Y los días de espera! ¡Los últimos días! ¡Las alarmas, los dolores! ¡Y luego la espantosa noche! ¡Cuánto padeció!

¡Qué noche aquella! ¡Cómo gimió y gritó! Aun veía el rostro pálido de su amante, que le besaba la mano á cada instante, la cara lampiña del médico, la cofia de la enfermera.

¡Y qué emoción se apoderó de todo su sér al oir el débil vagido del niño, aquel primer esfuerzo de una voz de hombre!

¡Y el día siguiente! El único día de su vida en que hubiese visto y besado á su hijo, porque después no le había visto jamás!

Y desde entonces ¡cuán larga y vacía fué su existencia en la que siempre flotaba la imagen de aquel niño! No había vuelto á ver una vez siquiera aquel pequeñuelo salido de sus entrañas, su hijo! Se lo habían arrebatado, ocultado. Sólo sabía que le habían criado unos campesinos normandos, que él mismo fué campesino, que estaba casado, casado y bien dotado por su padre, del que ignoraba el nombre.

¡Cuántas veces había querido marchar para verle, para abrazarle! No se imaginaba que hubiese crecido. Siempre recordaba aquella larva humana que había estrechado en sus brazos, apoyado en su seno dolorido.

Cuántas veces había dicho á su amante: «¡No puedo contenerme más; voy á verle, á abrazarle!»

Siempre la había contenido. No sabría disimular, ser dueña de sí misma. El otro adivinaría, la explotaría. Estaría perdida.

—¿Qué aspecto tiene?—preguntaba.

—No lo sé. Yo tampoco he vuelto á verle.

—¿Es posible? Tener un hijo y no conocerle. Tener miedo de él, rechazarle como una vergüenza. Era horrible.

Caminaban por la larga carretera, abrumados por los rayos del sol, subiendo aún la interminable cuesta.

La señora dijo:

—Parece un castigo; no he tenido después otro hijo. No, no podía resistir al deseo de verle que me asalta desde hace cuarenta años. Los hombres no comprenden esto. Piense usted que la muerte se acerca. ¡Y no le habré visto!... ¡No verle! ¿Acaso es posible? ¿Cómo he podido esperar tanto tiempo? He pensado en él toda mi vida. No sabe usted lo que me ha hecho padecer. No me he despertado una vez, una vez sola ¿oye usted? sin que mi primer pensamiento no fuera para mi hijo. ¿Cómo será? ¡Oh! ¡cuán culpable me siento hacia él! ¿Debe una pensar en el mundo? No. Debiera haber abandonado casa, marido, para educarle y amarle. Hubiese sido más dichosa. No me atreví. He sido cobarde. ¡Cuánto he padecido! ¡Ah! ¡Cómo deben aborrecer á sus madres esos pobres seres abandonados!

Se detuvo bruscamente, ahogada por los sollozos. El valle entero aparecía desierto y mudo bajo la luz cegadora del sol. Unicamente las cigarras lanzaban su nota seca y estridente.

—Descanse usted un poco – dijo d'Apreval.

Se dejó conducir hasta la cuneta y se sentó, ocultando el rostro en las manos. Sus cabellos blancos, que caían en tirabuzones por ambos lados del rostro, se alborotaban, y lloraba presa de un dolor profundo.

Ei permanecía inmóvil, mirándola, sin saber qué decirle. Por fin murmuró: «Vamos... valor.»

Se levantó: «Lo tendré», dijo. Y enjugando las lágrimas se puso de nuevo en marcha.

El camino atravesaba, un poco más allá, un grupo de árboles que ocultaba algunas casas. Distinguían ahora el golpear rítmico de un martillo sobre una bigornia.

Pronto vieron, á la derecha, una carreta detenida junto á una casa baja y, bajo un cobertizo, dos hombres que herraban una caballería.

El señor d'Apreval se acercó.

—¿La granja de Pedro Benedict?—gritó.

Uno de los hombres contestó:

—Tomen el camino de la izquierda, junto al ca-

fetín, y luego sigan siempre adelante. Es la tercera después de la de Poret. No pueden equivocarse.

Tomaron hacia la izquierda. La anciana andaba ahora lentamente, con las piernas temblorosas, y el corazón latiéndole con tanta violencia que se sentía sofocada.

A cada paso murmuraba como rezando: «¡Dios mío! ¡oh! ¡Dios mío!» Y una emoción terrible le oprimía la garganta y la hacía vacilar, como si fuera á desplomarse.

El señor d'Apreval, nervioso, le dijo bruscamente:

—Si no se domina usted mejor, va á echarlo todo á perder desde el primer momento. Procure serenarse.

Ella balbuceó:

—¿Acaso puedo? ¡Hijo mío! ¡Cuando pienso que voy á ver á mi hijo!

Seguían uno de aquellos caminitos campestres encajonados entre los corrales de las granjas, casi ocultos por una doble hilera de hayas.

De pronto se detuvieron ante una cerca de madera.

—Aquí es—dijo d'Apreval.

Ella se detuvo y miró.

El patio, plantado de manzanos, era grande y en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

el fondo se veía la casa, con techo de paja. Enfrente el establo, la granja, el gallinero. Bajo un cobertizo techado de pizarra, había un cochecito, las carretas, los carros de mano. Cuatro terneras comían la verde hierba, bajo los árboles. Gran número de gallinas negras pululaban por todas partes.

Ningún ruido; la puerta de la casa estaba abierta; pero no se veía alma viviente.

Entraron. Un perro negro salió de un barril que estaba junto á un peral, y ladró con furor.

Adosadas á la pared de la casa se veía cuatro colmenas.

El señor d'Apreval gritó: «¿No hay nadie aquí?» Salió una niña de unos diez años, con una camisa y unas sayas de lana, con las piernas sucias y al aire, de aspecto tímido y malicioso á la vez. Permaneció de pie en el umbral, como para prohibir la entrada.

—¿Qué quieren ustedes?—dijo.

—¿Tu padre está aquí?

—No.

—¿Dónde está?

—No sé.

—¿Y tu madre?

—Cuida de las vacas.

—¿Volverá pronto?

—No sé.

Entonces, la anciana, como si temiera que la llevasen á la fuerza de allí, exclamó:

—No me iré sin haberle visto.

—Le esperaremos, querida amiga.

Al volverse hacia el patio advirtieron una campesina que venía hacia la casa, con dos cubos de hojalata, que parecían pesados y que de cuando en cuando el sol hacía fulgurar.

Cojeaba de la pierna derecha; y su vestido lavado por las lluvias, desteñido por el sol, enrojecido por los veranos, le daba el aspecto de una pobre criada, miserable y sucia.

—Aquí está mamá—dijo la niña.

Cuando estuvo cerca de la casa, miró á los forasteros de reojo y como con sospecha; y luego entró como si no hubiese notado su presencia.

Parecía vieja, con la cara demacrada, amarillenta, dura: la cara de madera de los labriegos.

El señor d'Apreval la llamó:

—Oiga, señora; hemos entrado para pedirle que nos venda dos vasos de leche.

—No vendo leche—murmuró saliendo, después de dejar los cubos.

—Es que tenemos mucha sed. La señora es anciana y está muy cansada. ¿No hay manera de beber algo?

La mujer les miraba con ojos inquietos y escrutadores.

Por fin se decidió.

—Ya que están ustedes aquí, les voy á servir.

Y desapareció dentro de la casa.

Luego salió la niña trayendo dos sillas que puso bajo un manzano; y apareció luego la madre con dos grandes escudillas de leche espumosa, que ofreció á los forasteros.

Después quedó en pie ante ellos, como para vigilarles y adivinar sus propósitos.

—¿Son ustedes de Fecamp?—preguntó.

El señor d'Apreval dijo:

—Sí, estamos en Fecamp durante el verano.

Y después de un instante de silencio, añadió:

—¿Podría usted vendernos pollos todas las semanas?

La labradora vaciló; luego respondió:

—Ya lo creo. ¿Los desean ustedes muy tiernos?

—Sí, no muy crecidos.

—¿A qué precio los pagan en el mercado?

D'Apreval, que lo ignoraba, se volvió hacia su compañera:

—¿Cuánto cuestan los pollos, amiga mía?

Ella balbuceó con los ojos anegados en lágrimas:

—Cuatro francos ó cuatro cincuenta.

La campesina la miró al soslayo y luego preguntó:

—¿Qué le pasa á esta mujer? ¿Por qué llora?

D'Apreval no sabía qué contestar.

—No... no... pero... ha perdido su reloj en la carretera, un hermoso reloj, y está disgustada. Si alguien lo encuentra, hará usted el favor de avisarnos.

La tía Benedict no contestó, porque aquello le parecía inverosímil.

De pronto dijo:

—Aquí está mi marido.

Sólo ella le había visto entrar, porque estaba de cara á la entrada.

El señor d'Apreval se estremeció y la señora de Cadour por poco cae al volverse bruscamente.

A diez pasos de allí, encorvado, resoplando, tirando de la cuerda de una vaca, había un hombre.

Sin cuidarse de los visitantes exclamó:

—¡Maldita sea! ¡Qué testaruda!

Y pasó yendo hacia el establo, donde desapareció.

Las lágrimas de la anciana se habían secado y permanecía, atontada, sin palabra, sin pensamiento. «¡Su hijo! ¡Aquel era su hijo!»

D'Apreval, á quien había turbado la misma idea, articuló con turbación:

—¿Es el señor Benedict?

La campesina, desconfiada, preguntó:

—¿Quién les ha dicho su nombre?

D'Apreval respondió:

—El albéitar de la carretera.

Luego callaron todos, teniendo los ojos fijos en la puerta del establo, que parecía un agujero negro.

No se veía nada dentro, pero se oían ruidos vagos, movimientos, ruido de pasos amortiguados por la paja del suelo.

Salió de nuevo limpiándose el sudor y se dirigió hacia la casa con paso lento y pesado.

Pasó otra vez por delante de los forasteros, fingiendo no verles, y dijo á su mujer:

—Sácame un jarro de sidra; tengo sed.

Entró en su casa. La granjera se fué á la bodega, dejando solos á los parisienses.

Y la señora de Cadour, horrorizada, balbució:

—Vámonos, Enrique, vámonos.

D'Apreval la tomó por el brazo y la sostuvo con toda su fuerza, porque veía que iba á caer. Tiró cinco francos sobre la mesa y salieron.

Apenas hubieron pasado la cerca, cuando la anciana empezó á sollozar:

—¡Ah! ¡ah! ¡He aquí en qué le ha convertido!...

D'Apreval estaba muy pálido. Contestó en tono seco:

—Hice lo que pude. Su granja vale ochenta mil francos. Es un dote que no todos los hijos de burgueses tienen.

Volvieron despacito, sin añadir palabra. Ella continuaba llorando.

Por fin secó sus lágrimas y entraron en Fecamp.

El señor de Cadour les esperaba para comer. Se echó á reir y gritó al verles:

—¡Muy bien! Mi esposa ha pillado una insolación. Me alegro. En verdad que creo que no está en su sano juicio.

Ni uno ni otro replicaron; y cuando el marido preguntó, frotándose las manos:

—¿Han paseado ustedes á gusto, por lo menos?

D'Apreval respondió:

—Sí, ha sido un paseo delicioso.

LA AVENTURA DE WALTER SCHNAFFS